

tamaría es de una manera esencial un pintor de gran sencillez; un artista cotidiano que vive y trabaja del arte, poniendo al servicio de las necesidades de la sociedad industrial su inspiración y su aliento; por ello su obra, a la que no faltan definidas dimensiones estéticas, entra y se define por derecho propio en la mejor línea de la pintura de nuestro tiempo en cuanto la más representativa de un estrechamiento de las relaciones y una incorporación de los objetivos que presiden las tensiones del arte en su relación con la sociedad.

LOS TAPICES DE JOSÉ GRAU GARRIGA Y SU SERENIDAD PROFÉTICA

José Grau Garriga ha nacido en la provincia de Barcelona en 1929; ha trabajado como decorador en 1945; en trabajos gráficos, de 1947 a 1951; se ha graduado como profesor de dibujo en la Escuela Superior de Bellas Artes de Barcelona; ha sido afortunado realizador de pinturas murales, y desde hace algo más de diez años se ha dedicado a la confección de cartones para tapices de vanguardia, produciendo unas creaciones de gran fuerza expresiva que representan una aportación revolucionaria a esta técnica tradicional.

Los tapices de Grau Garriga responden a casi todos los linajes de desafío que soporta el pintor de nuestro tiempo, por una parte, a la superficie y su continuidad. Por otra, a la textura, y en una muy importante, a la armonización de sus límites y de sus dimensiones estéticas. Con ello y con sus excelentes realizaciones plásticas en la pintura de caballete, quizá más interesantes todavía, y más cargadas de significado que las propias creaciones de tapices.

La obra de José Grau Garriga se abre espléndida y plena en dos maneras de hacer aparentemente dissociadas, pero en realidad obedientes a una misma inspiración y a un idéntico propósito; cuadro y tapiz, con métodos diferentes y problemas distintos, confunden en su variedad al espectador apresurado que cree ver en ellos simples matices de perfección en el trabajo emprendido, cuando en realidad constituyen dos fórmulas de búsqueda de una misma expresión.

Con su autor, y con las personas que saben asomarse a ellos, cuadros y tapices son los testigos del horror y de la esperanza, los espejos que se cierran para no reflejar dolorosamente sombras de torturas y torturadores, los documentos de un Vietnam que a todos nos daña, pero también los símbolos del nacimiento y la pasión de Cristo, que son puntos suspensivos para nuestra angustia y anclas de una salvadora fe.

En el trabajo de Grau Garriga el ayer se confunde con el presente y el hoy se vuelve evidencia de un mañana mejor, el objeto artístico

se hace sujeto, y viene a ofrecernos diálogos y consuelo, al tiempo que nos confirma que Oriente y Occidentes no son ya categorías, sino matices de una misma sensibilidad.

Hay una fase de su labor en la que el pintor ofrece la esfera de un reloj de sólida textura que marca el tiempo del amor, que reafirma, esperanzado, la posibilidad de que el amor siga rigiendo nuestras horas.

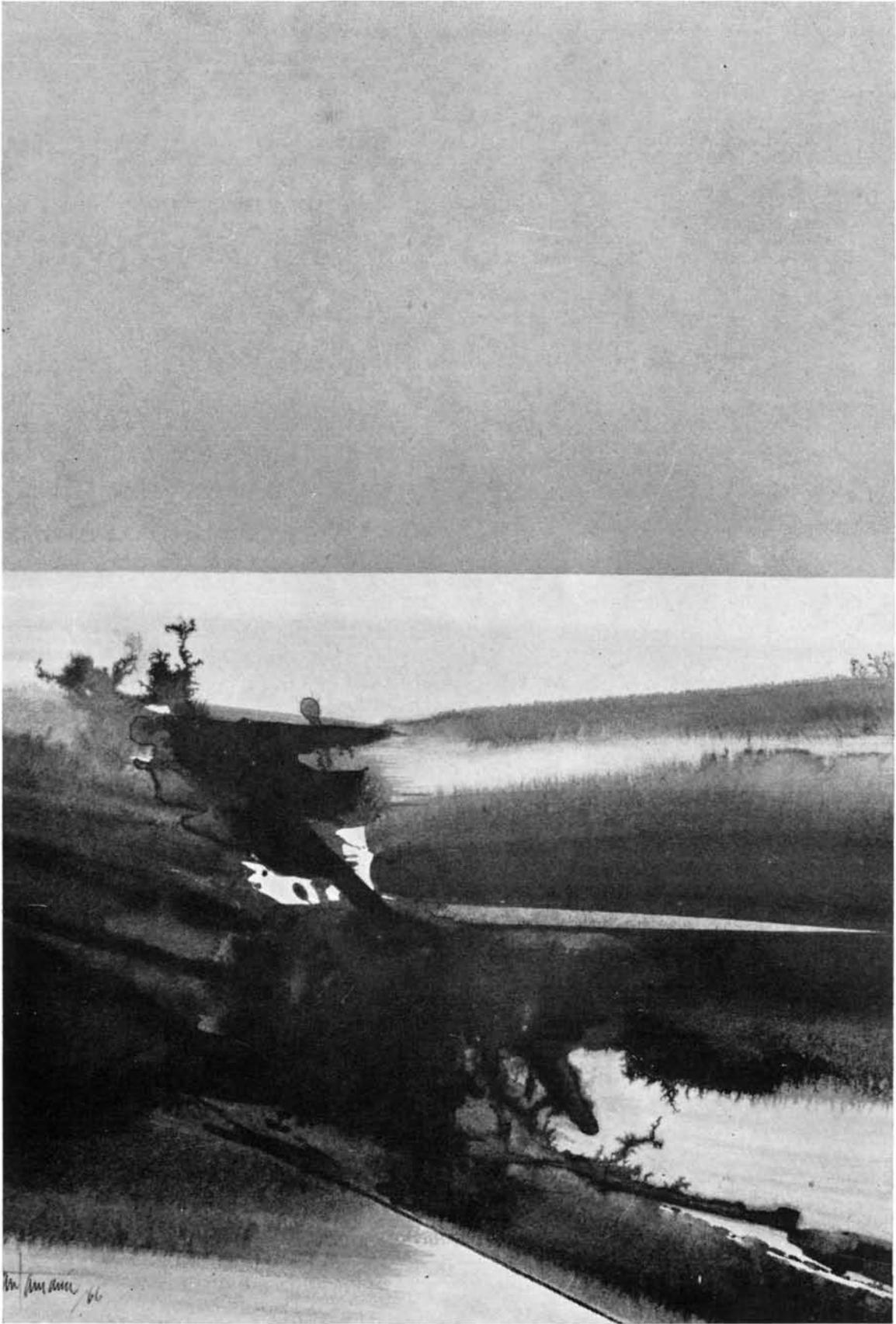
«Esto quedará cuando nada exista—parece decirnos el artista sobre el lienzo—, la lluvia de estío, el espejo increíble, el símbolo perenne.» Y esta serena profecía informa nuestro tiempo, que es el del miedo, el de la bomba y la matanza, el tiempo en que el hombre ya no es el lobo del hombre, sino su peculiar apocalipsis.

Desde esta profecía, Grau Garriga, que nos encanta y sugestiona con la elocuencia barroca y a la vez paradójicamente clásica de sus tapices, siembra una inquietud con su pintura llena de expresión y de posibilidades, pintura de gran expresividad, pero al mismo tiempo de excepcional sobriedad, en la que el artista intenta, en una continuación de esfuerzo realmente asombroso, hallar su propio color y su propia dimensión, buscar su puesto, no ya en la pintura contemporánea, en donde lo tiene con rango indiscutible, sino lo que es más difícil, en el crecido y confuso acontecer de lo diario, en la presencia del hombre ante el acontecimiento y en el difícil equilibrio que en esta vertiente aspira a realizar.

Larga y dilatada es, como ha demostrado María Luisa Florín, la historia del tapiz en Occidente. Mucho más rica y continuada aún la trayectoria de la pintura usual, e inexactamente llamada de caballete. En una y otra dimensión Grau Garriga es un grato suceso para el espectador y una profunda sugerencia para el crítico que aspira a interpretar los aspectos cambiantes del mundo artístico de hoy.

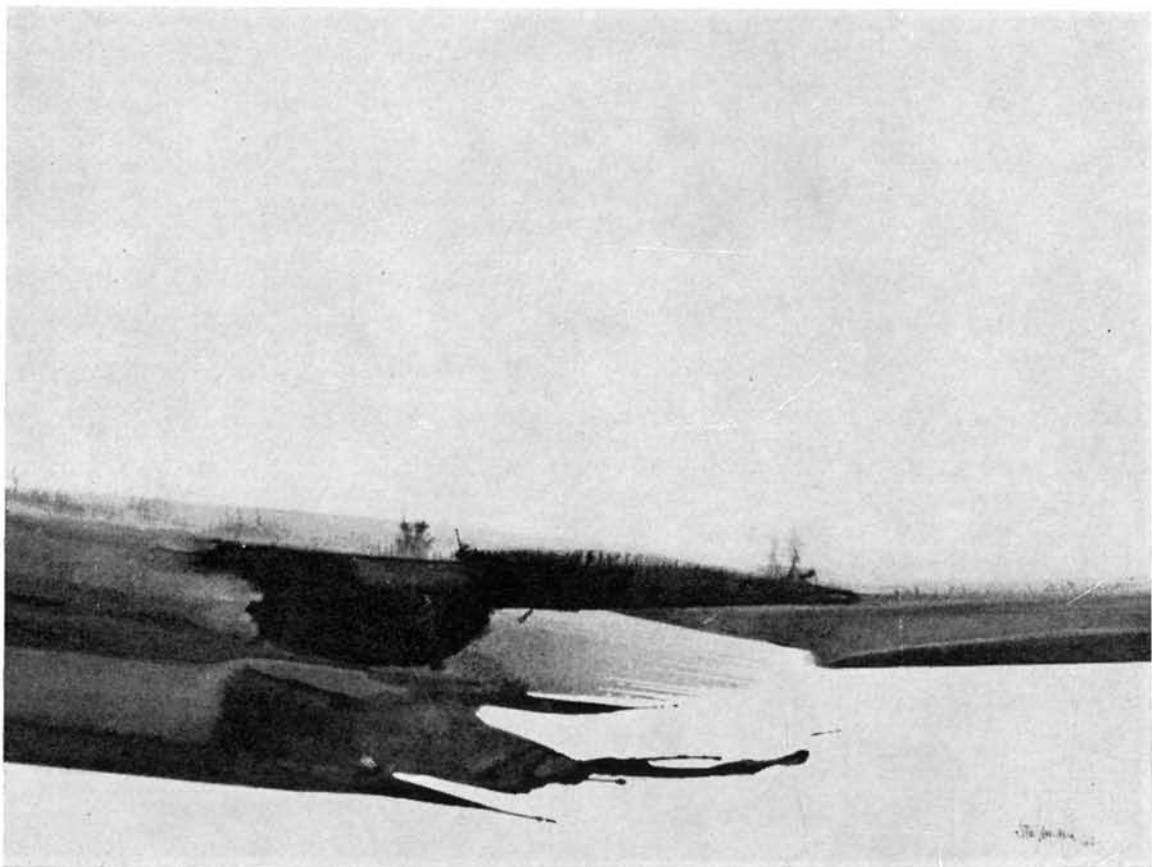
LA NUEVA GENERACIÓN PICTÓRICA ESPAÑOLA

Es famosa—aunque debe ser falsa—la anécdota atribuida a un general español ya difunto, según la cual, cuando alguien le hablaba de cultura echaba mano a la pistola; algo así ocurre con el espectador medio que acude a exposiciones y galerías cuando oye emplear la expresión «generación», que, por desgracia, en arte y en literatura constituye una especie de reaccionarismo invertido en el que un cierto número de individuos cobijan su vacilación y, en ocasiones incluso, su falta de talento, en la reunión de su común grupo generacional y en la definición de sus valores más destacados que permiten al incluirse dentro del grupo una mejor fortuna para los menos dotados.



M. J. M. 196

SANTAMARÍA



SANTAMARÍA